

III.

FUGITIVO.

EL PRIMER COMBATE.—CAPITÁN.



EN la tarde del 2 de Diciembre de 1854, Porfirio Díaz, acompañado por Esteban Aragón, salía de Oaxaca con dirección al Chichicastlar, punto situado al Sur de la ciudad y en el que una patrulla de policía les marcó el alto.

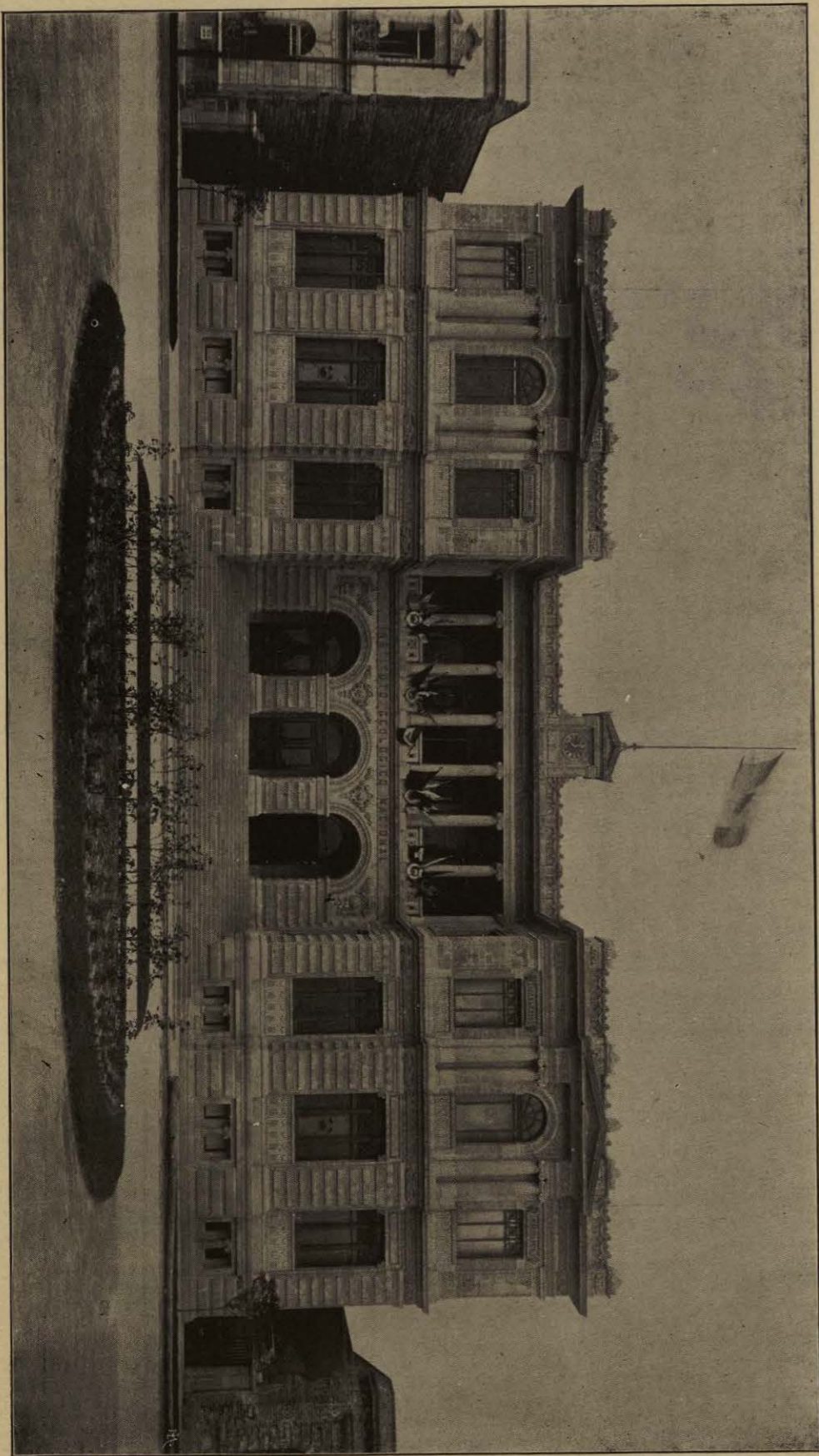
El estudiante fugitivo arremetió á sablazos contra la guardia que le cerraba el paso; su acompañante le secundó con denuedo y ambos lograron escapar ilesos.

Vadeando el Atoyac, se dirigió por Jojo y por Zachila, en la montaña mixteca; llegó á Ejutla, llamó á la puerta de la casa de un rico de aquel pueblo, el Sr. Pablo Lanza, Jefe Político, le entregó el caballo robado que llevaba Aragón, substituyéndole con otro que compró barato, y prosiguiendo su camino fué á incorporarse á una partida de *pronunciados*, mandada por Herrera.

El cabecilla Herrera, indio ignorante y rudo, acogió con agrado al estudiante, que le habló de estrategia, y compartió con él el mando de su fuerza, unos doscientos hombres, mal armados y peor disciplinados.

En la cañada de Teotongo se encontraron con fuerzas gobiernistas, que les atacaron.

Siguió un breve combate, el primero de Porfirio, en que poseídas



de pánico ambas fuerzas, la del Gobierno y la de Herrera, las dos se desbandaron, á pesar de los esfuerzos realizados por sus valientes jefes.

Ambas quedaron derrotadas.

«El pobre Herrera tenía poca gente y mala: indios monteros, casi desarmados, pues solamente estaban provistos de machetes y otros instrumentos de agricultura. . . .

«Dispuse que esperaríamos en la cañada, al Teniente Coronel Canalis, del 4º de Caballería, que venía á atacarnos con una columna de infantería y caballería (80 ó 100 caballos y cincuenta infantes). Esto era muy poca fuerza; pero la mitad habría bastado para hacernos pedazos, si no hubiéramos contado con los grandes accidentes del terreno. . . . En un aguaje me pareció muy natural que los soldados se detuvieran á beber agua. . . . En efecto, se detuvieron. . . . Habíamos aflojado muchas piedras en el cerro, disponiendo bajo ellas, palancas para hacerlas rodar en un momento dado. Cuando los soldados estaban bebiendo agua, les hicimos una descarga y á la vez les cayó una avalancha de piedras. . . . Se dispersaron, y también se dispersó toda nuestra gente. Este fué el primer combate en que me encontré.

«Yo no supe verdaderamente si había corrido antes de ser debido; pero recordaba que nuestra gente venía corriendo tras de mí, y mucha adelante, y que cada uno tomó el rumbo que pudo. . . . Más tarde, el Cura Márquez me dijo que las fuerzas del Gobierno se habían dado por derrotadas. . . . Fueron llegando heridos y dispersos del enemigo.» (Memorias).

Porfirio Díaz, atravesando á caballo una gran parte de la sierra, se refugió una noche en la casa de su amigo, Fr. Manuel Márquez, Cura de Tlaxiaco; después en Chalcatongo, y por fin, en la casa de otro amigo suyo, D. Ignacio Cruz, Cura de Coanana, en la que permaneció unas cinco semanas, libre ya de la compañía de Esteban Aragón.*

* Durante la intervención francesa, Esteban Aragón prestó servicios militares como jefe de guerrillas republicanas, y en el sitio de Oaxaca llevó á Porfirio Díaz 400 hombres para la defensa, conduciéndose él mismo muy honrosamente. Siguió después combatiendo contra los franceses y los traidores, en el Sur de Oaxaca.

Una noche, en que estaba jugando á la baraja con un compañero de armas, en un pueblo del Distrito de Jamiltepec, fué sorprendido por el contraguerrillero Luna.

Por desgracia, el valiente Aragón, desconociendo el uso de las armas modernas, había cargado su pistola Smith, regalo del General Porfirio Díaz, con

Entretanto, Santa-Anna se fugaba, embarcándose en Veracruz el 13 de Agosto de 1855.

«Antes de que yo tuviera tiempo de tomar de nuevo parte en la revolución, el General Santa-Anna abandonó el país, dejando encargado del Gobierno central á un triunvirato; pero pronunciada la ciudad de México, se reunió una Junta, que eligió Presidente al General D. Martín Carrera, todo lo cual dió el triunfo á la revolución de Ayutla, encabezada por D. Juan Álvarez. El Gobierno del General Carrera, establecido en México, ordenó al General Martínez y Pinillos, Gobernador de Oaxaca, que proclamara el Plan de Ayutla, y así lo hizo.» (Memorias).

Tras el triunfo de la revolución de Ayutla, se iniciaba una guerra sangrienta, la de Reforma.

La situación de la República era en aquellos tiempos angustiosa.

Refiriéndose á ella, dice el ilustrado General de División, Bernardo Reyes:

«El reaccionario Haro y Tamariz, se pronuncia en San Luis Potosí; el General Carrera, en México; una vez sabido el embarco de Santa-Anna, se adhiere al Plan de Ayutla; pero se reserva el mando supremo; Vidaurri, por su parte, en el Norte, engreído con fáciles triunfos que había obtenido, se creía con derecho hasta de ponerse al frente de la nueva situación. Así las cosas, aparecían con el General Álvarez cuatro centros, de los que, según los planes respectivos, tenía que partir la convocatoria para instituir nuevamente á la Nación. La opinión, como era lógico, de un modo general favorecía al Plan de Ayutla en toda su pureza.

«Comonfort procura aunar aquellos centros de acción, y encuentra facilidades al efecto; por tal manera, el General Álvarez, el iniciador de la lucha, llega á Cuernavaca al frente de sus tropas y da un manifiesto á la nación, explicando el por qué del Plan de Ayutla, y llamando, en cumplimiento de lo prescripto en el mismo, á los representantes de los Estados para que eligieran Presidente de la República.

«El día 4 de Octubre de 1855, dichos representantes dan su voto en favor del citado General. Tras ésto, el Presidente interino convoca á elecciones de Diputados al Congreso Constituyente, excluyen-

parque de pistola de salón, resultando por esto, sin efecto, dos tiros que tuvo tiempo de disparar sobre Luna, quien de un terrible machetazo suriano hendió la cabeza del antiguo bandido, transformado ya entonces en soldado de la patria.

do del voto activo y pasivo á los clérigos. El día 15 de Noviembre llegó á México, en donde fué recibido con muestras de simpatía, y el 23 decretó la supresión de los tribunales especiales, resolución que dejó al clero y al ejército, sujetos á los jueces comunes.

«Los fueros de esas clases privilegiadas cayeron así por tierra.

«El Presidente Álvarez, sin ambiciones de mando, y cumplido como había con la parte principal del programa de la revolución que iniciara, resignó el poder en el General Comonfort y se marchó á Acapulco, modesto en medio de su grandeza, glorioso con el recuerdo de los servicios que prestara en la época de la Independencia, primero, y luego en la evolución por la libertad.

«Comonfort, hombre de elevadas miras y de sentimientos nobles, juzgó, desde los primeros días de su Gobierno, que la Reforma se extremaba en un país que había vivido siempre bajo instituciones bien atrasadas; y por evitar conflictos propios de un cambio rápido, pretendió moderar los anhelos de la revolución. ¡Pretensión vana, en los momentos de expansión ardorosa en que los ímpetus de la opinión se desfogaban!

«El clero se mueve contra la Reforma; el antiguo ejército que Comonfort conservó en las condiciones de organización de lo que dejara Santa-Anna, sin cambio alguno en el personal, pronto se alía con él, traicionando al Presidente sustituto. Se organizan los elementos del partido conservador; aparecen á su frente Haro y Tamariz, Osóillos, Miramón y Mejía. Así comenzaba el año de 1856.

«El Cuerpo Legislativo derogó el decreto de Santa-Anna, relativo al restablecimiento de la Compañía de Jesús, y dictó la ley de desamortización de los bienes de las comunidades, con lo cual los intereses eclesiásticos se sintieron hondamente lastimados.

«En tanto, España presentaba al Ejecutivo una apremiante reclamación sobre créditos de sus nacionales, é Inglaterra promovía otra diversa cuestión.»*

Con el triunfo definitivo de la revolución de Ayutla, quedó Porfirio Díaz en libertad de presentarse en público, pues durante algunos meses había tenido que ocultarse para escapar de las persecuciones de Martínez de Pinillos.

Por este tiempo empezó su carrera política, desempeñando el cargo de Subprefecto de Ixtlán, en el ramal noreste de la Sierra Madre.

«Es la sierra zapoteca por donde se extendieron los pobladores del

* «El Ejército.» Monografía por el General Bernardo Reyes.

Valle, origen que se acusa en la pasividad del general carácter. Porfirio llevó allí su ardor juvenil: y de un pueblo que dormía, hizo un núcleo de *Guardia Nacional serrana*, semilla del Ejército nuevo. El antiguo, el de línea, montado á la española, se venía abajo con Santa-Anna, al empuje del plan de Ayutla, que proclamaba la disolución (licenciamiento). . . . Unos días más, y la ley que se elaboraba ya en un cerebro zapoteca, profundamente activo (Juárez), iba á violentar su renovación, negándole los *fueros*.»*

Ya en este cargo, empezó á revelarse el administrador y el estadista, llevando cuentas detalladas de la percepción y aplicación de impuestos, organizando los diversos servicios de la Subprefectura é iniciando importantes mejoras en el pueblo.

En Diciembre de 1855, el General García, que intentó una contra-revolución oaxaqueña, cuando ya el Dictador Santa-Anna estaba hundido, intimó al Subprefecto de Ixtlán la inmediata sumisión de él y de su *Guardia Nacional*.

La respuesta de Porfirio Díaz, fué salir de Ixtlán, á la cabeza de unos cuatrocientos serranos bien armados, en dirección á Oaxaca.

Bajó por la cañada de Tlalistlac, hasta ponerse á la vista de la caballería de García, que no se atrevió á dar el ataque.

Poco después, llamado por algunos de los jefes revolucionarios, amigos suyos, llegó á Oaxaca, donde se unió á las fuerzas liberales, alojadas en el cuartel de Santo Domingo, contribuyendo al triunfo de su causa.

«Amagado un día el Gobernador de Villa-Alta por una partida de juchitecos, pidió, por mi conducto, auxilio de fuerza al Supremo Gobierno del Estado; transmití violentamente esa petición, y me puse desde luego en marcha con cien hombres de la Guardia Nacional, que yo había improvisado, cuyo auxilio fué suficiente para alejar al enemigo.

«A los pocos días de mi nombramiento, y cuando apenas comenzaba á conocer el distrito, recibí una comunicación del General García, en que se me avisaba que, para evitar efusión de sangre en la capital del Estado, había tenido necesidad de aceptar una contra-revolución, provocada por los conservadores, y me ordenaba que la secundara.

«Contesté negativamente, fundándome en que no sólo no me contraba yo en el caso que á él le había decidido á semejante proceder, sino que contaba con elementos de fuerza armada para contri-

* Porfirio Díaz.—Por X. X. X.

buir al restablecimiento del orden, alterado en la capital del Estado, y que ya emprendía mi marcha sobre ella. Bien luego salí de Ixtlán sobre Oaxaca, con cosa de 400 hombres; llegué á La Parada y puse mi avanzada en el pueblo de Tlalixtac, á la vista de la Capital; pero por un aviso de mis amigos, los directores de la política liberal, D. Luis Carbó y D. Luis Fernández del Campo, y del mismo Secretario de Gobierno, en que se me noticiaba que el General García había deshecho su pronunciamiento, regresé al punto de partida y retiré la tropa á sus hogares; poco después supe que era sospechosa la conducta del General García, y con ese motivo volví á llamar á los alistados al servicio. Salí de nuevo de Ixtlán, con menor fuerza de la que había tenido antes, porque dispuse de muy poco tiempo para organizarla, y me dirigí á la ciudad de Oaxaca, citando para el mismo lugar á todos los otros jefes políticos del Estado; pero solamente concurrieron á esa cita, D. Pablo Lanza, jefe político de Ejutla, y D. Almaraz, de Miahuatlán; el primero con veinte hombres y con cien el segundo. Mi fuerza de serranos era de doscientos y tantos hombres. Una vez en la ciudad, y alojado en el convento de San Agustín, el General García me previno con severidad que volviera á mi distrito y disolviera la tropa. Le contesté negativamente, obrando de acuerdo con los Sres. D. Luis Carbó, D. Luis Fernández del Campo y D. José María Díaz Ordaz, que mandaban las fuerzas liberales, y me trasladé á Santo Domingo, en donde ellos tenían el Cuartel General. De esa manera me sustraje por completo á la obediencia del General García y le manifesté que procedía así, en virtud de órdenes recibidas del nuevo Gobernador del Estado, nombrado por el Gobierno General, que era el del Sr. Juárez, cuyas órdenes habían sido firmadas en la villa de Tepoxcolula, dentro ya del territorio del Estado á cuya capital se dirigía. La llegada del Sr. Juárez á la ciudad de Oaxaca, verificada en los primeros días del mes de Enero de 1856, puso fin á las dificultades existentes; y después de haber él determinado la marcha de las fuerzas de línea para la capital de la República, organizó los batallones de Guardia Nacional del Estado, y mandó que los de los distritos volvieran á sus hogares.» (Memorias).

El licenciado D. Benito Juárez, al tomar posesión del Gobierno de Oaxaca, tuvo el gusto de encontrar allí á su antiguo discípulo, Porfirio, al frente de la Guardia Nacional, y en 23 de Diciembre de 1856 le expidió el despacho de Capitán de dicha Guardia, con el sueldo de sesenta pesos mensuales, que debería percibir cuando fuese llamado al servicio.

Ya con fecha anterior se le había expedido un despacho de Comandante de Batallón, firmado por el mismo D. Benito Juárez y D. Justo Benítez, como Secretario; pero el agraciado no quiso aceptarlo, ni hacer que se tomara razón de él, por no lastimar ó postergar á un íntimo amigo suyo, el Capitán Joaquín Ortiz.

«El Sr. Juárez me expidió patente de Mayor de Infantería de la Guardia Nacional, y me dió algunos recursos, como armas y otros pertrechos de guerra, con los cuales, y sin amagos inmediatos, pude organizar la Guardia Nacional, mejor de lo que lo había hecho antes, llegando á ser ella la principal fuerza y casi la única organización armada en apoyo del partido liberal en el Estado.» (Memorias).

Vuelto otra vez á Ixtlán, donde permaneció unos ocho meses, el Capitán Díaz, además de atender los asuntos administrativos con el empeño y honradez que le caracterizan, estableció una academia nocturna, en la que él mismo instruía á sus oficiales.

Al encargarse del Gobierno de Oaxaca D. Benito Juárez, pidió cuentas detalladas de los gastos á los jefes que habían manejado fondos de la Nación en las últimas revueltas.

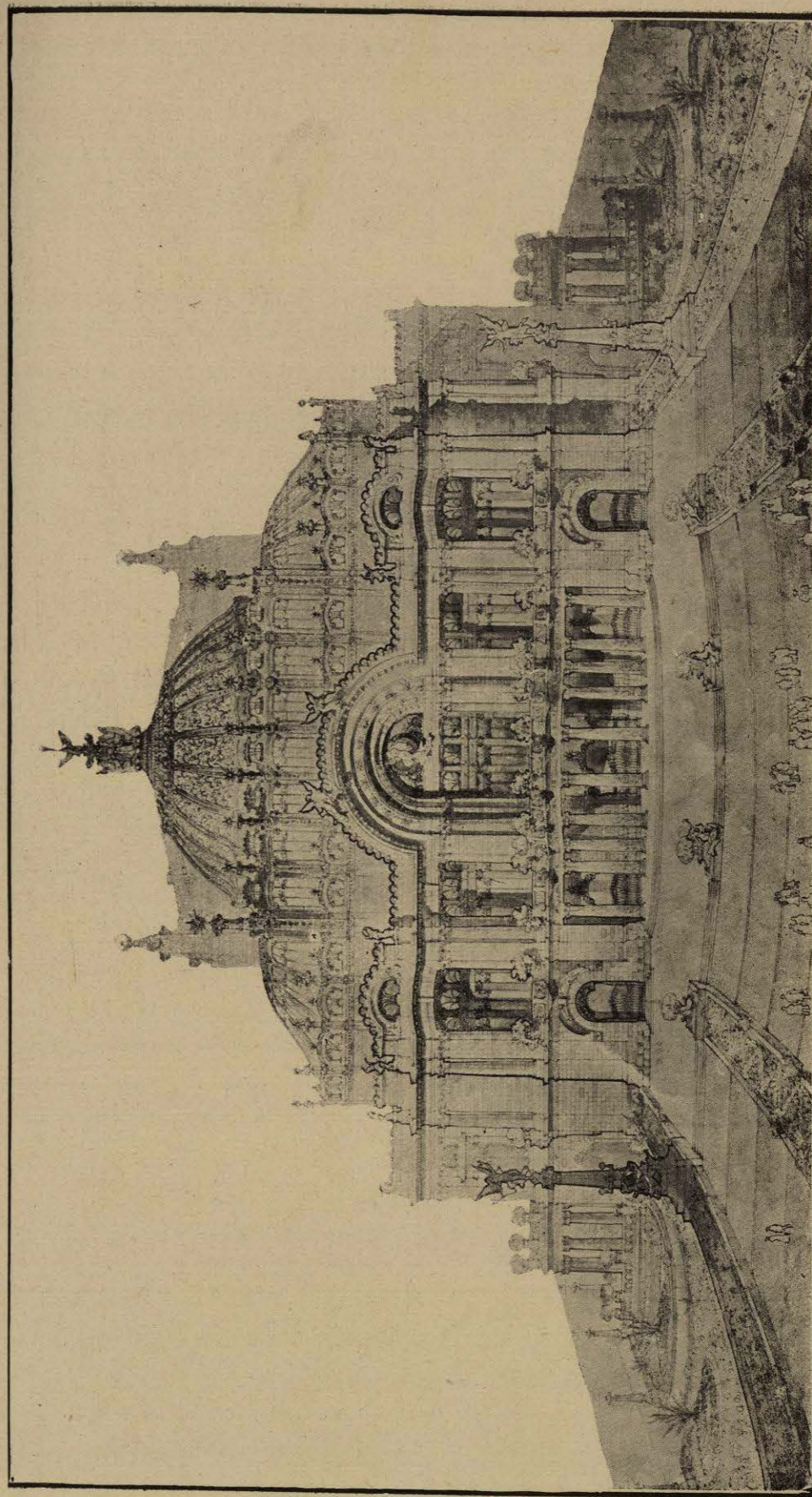
«Llamó mucho la atención, tanto del Gobernador como del tesoro, que al presentar mi liquidación no estuviesen considerados mis oficiales, sargentos y cabos con sueldo alguno diferencial, es decir, que no les abonara yo el que les correspondía, sino un sueldo igual al de los soldados rasos, y habiéndome pedido explicación sobre este hecho, contesté que no figuraban sueldos ningunos por el tiempo que tuve en servicio á los voluntarios, porque por todo haber les había dado rancho preparado con los víveres que ministraban, sin costo alguno, los pueblos del Distrito: que comencé á dar sueldos el primer día que amanecimos en la Capital, y á todos como soldados, pues no teniendo la instrucción suficiente para servir como oficiales y sargentos, creía dudoso su derecho de percibir esos sueldos; que, además, procedía así, porque tampoco ellos tenían ambición, y que en cuanto á mí, como tenía mi haber y honorarios como Jefe político, no figuraba con sueldo militar. Esto explicaba por qué entregaba una considerable existencia de los fondos que había ocupado militarmente, lo mismo que de los demás que estaban á mi cargo. . . .

«Como mis oficiales no sabían contar, y no podía reemplazarlos, porque eran los indios de más prestigio en los pueblos, tuve que enseñarles la documentación militar, Ordenanza y algunas maniobras de infantería, y con este objeto establecí una academia nocturna, que daba yo mismo en la escuela de niños.» (Memorias).

A principios del año de 1857, se emprendió en Oaxaca la formal organización de algunos batallones activos, y el Capitán Díaz, al saber que había sido designado, por elección popular, para Capitán de uno de ellos, renunció la Jefatura del distrito de Ixtlán, para dedicarse definitivamente al servicio de las armas.

El Sr. Juárez, al ver que Porfirio Díaz renunciaba un cargo, superior por su importancia política y por el sueldo que disfrutaba, sacrificando su personal interés en favor de la defensa, para aceptar un puesto en el ejército de su patria, confirmó el nombramiento por elección popular, extendiéndole el despacho de Capitán de la Compañía de Granaderos del segundo Batallón, que mandaba el Teniente Coronel, Licenciado D. Manuel Velasco, y del que era Mayor el Licenciado Tiburcio Montiel.

Este despacho sí fué aceptado por Porfirio Díaz, que organizó su compañía con personal escogido entre las setecientas plazas de que el batallón se componía.



Teatro Nacional (en construcción).